

Capítulo tercero

Vladimir Putin y la nueva identidad distintiva rusa

María Luisa Pastor Gómez

Resumen

La implosión de la URSS produjo un vacío ideológico que hubo de ser llenado con la introducción de un nuevo modelo identitario. Inicialmente se intentó aplicar el patrón occidental durante la débil etapa de Yeltsin, pero supuso un fracaso tanto político como económico. Con la llegada de Vladimir Putin a la presidencia de la Federación Rusa llegó el cambio y la estabilidad, mediante la instauración de una autocracia denominada «democracia soberana», más o menos liberal en lo económico, un enaltecimiento del patriotismo, así como una orientación cultural más *rusa*. Esta nueva identidad se ha sustentado, entre otros factores, en el pensamiento eslavófilo y la colaboración de la Iglesia ortodoxa, por una parte, y en el anti-occidentalismo, por otra, *alteridad* de la que Putin se ha servido para afianzar la singularidad de Rusia.

Palabras Clave

Rusia, Putin, identidad, eslavofilia, URSS, Iglesia ortodoxa, Ucrania, cisma.

Vladimir Putin and the new Russian identity

Abstract

The collapse of the USSR caused an ideological vacuum to be filled with the introduction of a new national identity. Initially, it was an attempt to apply the western pattern during Yeltsin's weak mandate, but it proved to fail both politically and economically. When Putin came to the presidency of the Russian Federation he brought change and stability, with the development of an auto-cracy called "sovereign democracy", liberal in the economic domain, together with an exaltation of patriotism, as well as a more Russian cultural orientation. This new identity has been sustained, on the one hand, in the Slavophilic thought and the contribution of the Orthodox Church, and the anti-occidentalism, on the other hand, otherness of which Putin has served to strengthen the singularity of Russia.

Keywords

Russia, Putin, identity, Slavophilia, USSR, Orthodox Church, Ukraine, schism.

Cuando caiga el comunismo Rusia necesitará un guía que sepa lo que conviene hacer. El guía sirve, en lugar de hacer carrera; combate, en lugar de representar un papel decorativo; golpea al enemigo, en lugar de pronunciar palabras vacías; dirige, en lugar de venderse a los extranjeros.

Ivan Ilyn¹.

Introducción

La historia de Rusia es la historia de un país en la búsqueda –inacabada– de su «propia esencia», consecuencia de su pertenencia a dos continentes: aunque en términos territoriales Rusia es europea en un 25% y asiática en un 75%, la composición de su población es justamente la contraria, un 76% europea y un 24% asiática. Esta dicotomía ha sumido tradicionalmente al país en el dilema de la imitación de Europa o la innovación orientada a alcanzar un modelo propio. Así, en algunas etapas de su pasado, Rusia ha oscilado hacia el mundo oriental, que considera genuinamente más *ruso* y en otras se ha inclinado hacia el occidental, introducido en parte en el siglo xv por el zar Ivan III y sobre todo por el zar Pedro el Grande en el xviii, mundo al que los rusos cultos tradicionalmente han mirado como su ideal de progreso e ilustración, desde la fundación de San Petersburgo en 1703, la «ventana a Occidente».

La invasión napoleónica de 1812 terminó con la empatía con Occidente y desde entonces y durante todo el siglo xix se potenció el movimiento eslavófilo como reacción nacionalista a la imitación ciega de la cultura europea. Finalmente, en marzo de 1918, los bolcheviques trasladaron la capital de San Petersburgo, rebautizada como Petrogrado, a Moscú, movimiento que simbolizaba la creciente separación entre la República Soviética y Europa. A lo largo de más de 70 años, Rusia permaneció aislada de Occidente, tanto política como culturalmente. Durante toda esa etapa soviética, el Partido Comunista impuso una nueva identidad cultural y nacional ajena a su historia, el *homo sovieticus*, basada en el ateísmo político.

Con la implosión de la URSS, Rusia tenía que rescatar –o más bien construir– una nueva identidad distintiva, reinterpretando su propia historia, en la búsqueda de unos ideales propios en los que asentarse como contrapunto al excepcionalismo estadounidense. Ese es el panorama interno que se encontró Putin a su llegada al poder, quien desde el principio se propuso devolver a Rusia su orgullo y la posición que estima le corresponde en el tablero mundial, en función de su tamaño, historia y peso específico. El resultado ha sido la creación de una aparentemente irracional amalgama de narrativas

¹ ILYN, I. «La tarea principal de la futura Rusia», primer capítulo de *Nuestras Tareas*. 1948. Apud, ELTCHENINOFF, Michel. *En la cabeza de Putin*. Barcelona: Libbooks 2016, p. 59.

de identidad nacional, discursos y objetivos con los que llenar el vacío dejado por la caída de la URSS y la consiguiente pérdida de protección política de la ideología oficial, lo que ha supuesto una re-etnización de la identidad política nacional.

De la etapa imperial a la post-soviética

«Desde el reinado de Pedro el Grande, los rusos fueron alentados a adoptar un estilo de vida más europeo. Europa era entonces un ideal y Rusia buscaba su aprobación. El país eslavo sentía cierto orgullo por las hazañas del Estado imperial, más grande y poderoso que ningún otro imperio europeo. Con Catalina la Grande, Rusia quiso obtener su lugar entre las monarquías ilustradas de Europa, aumentar el imperio y modernizar el país. «Sus élites deseaban ser reconocidas como iguales por Europa, aunque también eran conscientes de que Rusia no era Europa y de que para los europeos este era un país atrasado»².

Tras la invasión de Rusia por parte de Napoleón, «surgió en la década de 1830 el grupo definido como los eslavófilos, un movimiento que rechazaba la cultura universal de la Ilustración y ensalzaba en su lugar las tradiciones autóctonas que distinguían a Rusia de Occidente, tales como las virtudes patriarcales de la Rusia rural y la ferviente defensa del ideal ortodoxo, caracterizado por el sacrificio y la humildad cristianos, la base de la comunidad espiritual que caracterizaba a Rusia, en contraposición a los Estados laicos de la Europa Occidental, basados en la ley y alimentados por un individualismo egoísta del que Rusia estaba a salvo, gracias a su espíritu colectivo.

El zar Nicolás I (1825-1855) estuvo influido por las ideas de su ministro de Educación, el conde Serguei Uvarov (1786-1855) quien, en un informe influyente de 1833, describió que la ideología del Imperio ruso debía sustentarse en tres principios fundamentales, los cuales vuelven a tener vigencia hoy: los de ortodoxia (la tradicional fe ortodoxa); autocracia (el zar era la autoridad máxima) y nacionalismo (glorificación de la madre patria). El zar se mostró firme defensor de los principios autocráticos e identificaba la defensa de la religión ortodoxa fuera de las fronteras de Rusia con la promoción de los intereses nacionales rusos. Hizo suya la causa griega en Tierra Santa contra las pretensiones de los católicos de controlar los Santos Lugares, lo cual le llevó a un prolongado conflicto con los franceses.

Nicolás I defendió con su ejército a los eslavos ortodoxos que se encontraban bajo el dominio otomano en los Balcanes. Su objetivo era mantener la debilidad y la división del Imperio turco, lo que condujo a la guerra de Crimea

² FIGES, Orlando. «Rusia y Europa». *BBVA Open Mind*. 2016, disponible en <https://www.bbvaopenmind.com/wp-content/uploads/2016/01/BBVA-OpenMind-Orlando-Figes-Rusia-y-Europa-1.pdf>.



Imagen 1. Retrato del conde Serguéi Uvárov, ministro de Educación del zar Nicolás I. Fuente: <https://es.fehrplay.com/obrazovanie/85265-uvarov-sergey-semenovich-biografiya-deyatelnost-foto.html>

(1854-1856)³, contra el Imperio otomano, al que se unieron Francia, el Reino Unido y el reino de Cerdeña. La derrota en la guerra de Crimea, plasmada en el Tratado de París de 1856, alimentó en los rusos un profundo resentimiento hacia Occidente y Rusia dirigió hacia Asia sus planes imperiales.

En 1881, Dostoyevski escribió⁴:

«Rusia no solo está en Europa, sino también en Asia. Hemos de desterrar ese miedo servil a que Europa nos llame bárbaros asiáticos y decir que somos más asiáticos que europeos. Esa equivocada visión de nosotros mismos como exclusivamente europeos y no asiáticos (algo que nunca hemos dejado de ser) nos ha costado muy cara a lo largo de estos dos siglos, y

³ FIGES. Art. cit.

⁴ Ibíd.

hemos pagado por ello con la pérdida de nuestra independencia espiritual. Resulta difícil para nosotros apartarnos de nuestra ventana a Europa, pero ese es nuestro destino... Cuando volvamos la vista hacia Asia, con nuestro nuevo concepto de ella, es posible que nos ocurra algo parecido a lo que le sucedió a Europa cuando se descubrió América. Pues, en verdad, Asia para nosotros es esa misma América que aún no hemos descubierto. Con nuestro salto a Asia, nuestro espíritu y nuestra fuerza resurgirán de nuevo... En Europa éramos rémoras y esclavos, mientras que en Asia seremos los amos. En Europa éramos tártaros, mientras que en Asia podemos ser europeos».

«La raíz de este giro de Dostoyevski hacia Oriente hay que buscarla en el enconado rencor que el escritor, como muchos otros rusos, albergaba por la traición de Occidente a la causa cristiana de Rusia en la guerra de Crimea. Para el sucesor, el zar Alejandro II (1855-1881), el destino de Rusia pasaba por ser la principal potencia europea en Asia, lo que le convertiría en el Estado más «occidental» de Asia, el bastión de la civilización cristiana y europea a lo largo de 11 de los husos horarios del planeta, lo que mueve a Rusia a la conquista de Asia central a partir de la década de 1860»⁵.

Con la llegada de la Revolución bolchevique de 1917 se inició una larga etapa de cierre, tanto política como culturalmente. Desde la caída del imperio soviético y del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) hasta 1993, la arena política estará dominada por los problemas internos. Durante los ocho años de mandato de Borís Yeltsin, el estado de crisis –ya fuera latente o manifiesta– acaba convirtiéndose en la forma de ser del proceso político en Rusia. A partir de ahí, la primera guerra de Chechenia (1994-1996), las relaciones centro-periferia y la inestabilidad gubernamental de la débil presidencia de Boris Yeltsin, con serios problemas físicos, marcan la evolución política del país.

Tras el colapso de la Unión Soviética en 1991 y en solo una década, Rusia pasó abruptamente de un sistema totalitario a la apertura indiscriminada de su economía, las privatizaciones, el surgimiento de las oligarquías y el default de 1998 o «crisis del rublo». En apenas un año, entre 1998 y 1999, Yeltsin cambió hasta cuatro veces de primer ministro, el último de los cuales era Vladímir Putin, un ex agente del KGB en cuya carrera destacaba el haber trabajado para el conocido alcalde demócrata de San Petersburgo, Anatoli Sobchak. El 31 de diciembre de 1999, Borís Yeltsin acaba cediendo a las presiones de su entorno, dimite oficialmente por razones de salud y nombra a Vladímir Putin como su sucesor⁶.

⁵ FIGES, art. cit.

⁶ CLAUDIN, Carmen. «¿Qué Rusia, veinte años después? Revista CIDOB d'afers internacionals, n.º 96. Diciembre 2011, pp. 11-23, ISSN 1133-6595 - E-ISSN 2013-035X.

Por su parte, la Iglesia ortodoxa de Rusia, tan pronto como cayó la Unión Soviética en 1991, comenzó a trabajar para reconstruir su papel anteriormente dominante en la sociedad rusa. En el nuevo entorno abierto de la década de 1990, una avalancha de misioneros occidentales, incluidos evangélicos, católicos, mormones, testigos de Jehová, etc., establecieron misiones en la antigua Unión Soviética y en el vacío espiritual que acompañó la caída de los ateos soviéticos. En este sistema, estos misioneros encontraron un terreno fértil y receptivo, lo que hizo que la Iglesia ortodoxa temiera que su oportunidad de reconstruir su influencia social se cortocircuitara y fuera simplemente uno de los muchos cuerpos religiosos en Rusia y no la institución religiosa dominante y modeladora de la cultura. En respuesta, la Iglesia ortodoxa instó con éxito al gobierno a aprobar una ley en 1997 que restringía la libertad de práctica religiosa de las religiones consideradas de origen «extranjero» y colocaba a la Iglesia ortodoxa en el asiento del conductor, en términos de su capacidad para dar forma a la emergente cultura nacional.

En líneas generales, el balance de la era Yeltsin, como señala C. Claudín⁷, despierta poco aprecio por parte de la población rusa, exhausta, por un lado, por los cambios económicos, el sentimiento generalizado de incertidumbre, el aumento de la criminalidad y la gran lacra endémica de la sociedad, la corrupción. De este modo, Putin, al calor de la segunda guerra de Chechenia, iniciada en septiembre de 1999, durante su gestión como primer ministro, se encuentra con un terreno abonado para ser aceptado como la personalidad fuerte que la difícil situación del país requería, la figura capaz de satisfacer las ansias de estabilidad de una población que se había formado históricamente en una cultura que concede más valor al orden que al derecho.

En busca de un «modelo ruso»

Con Putin llegan a Rusia el cambio y la estabilidad, así como el control del Estado, con lo que los dos principales logros de la era Yeltsin –libertad de expresión y descentralización del Estado– son, precisamente, los primeros en quedar más afectados por esta entrada en acción. Enseguida Putin acabó con cualquier atisbo de «occidentalización» intentado en la década anterior, para afianzar una cultura nacional propia, un nacionalismo étnico a la vieja usanza, pero que se ha servido de las nuevas tecnologías de la globalización para su propagación.

Tras la implosión de la URSS y la deconstrucción de los mitos soviéticos, se produjo un vacío ideológico que había de ser llenado y la oferta de occidentalización y de construcción de un mundo a la europea aparecida en los años 90 no resultaba atractiva para el pueblo ruso. Para millones de rusos, señala Figes⁸, el colapso de la Unión Soviética supuso una catástrofe. En unos pocos

⁷ CLAUDIN. Art. cit

⁸ FIGES. Art. cit.

meses lo perdieron todo: un sistema que les había proporcionado trabajo, seguridad y garantías sociales; un imperio con estatus de superpotencia y una ideología y una identidad nacional determinada por la versión de la historia soviética que habían aprendido en la escuela, mientras que el sistema capitalista que se había tratado de introducir en su lugar –con precipitadas privatizaciones en una época de hiperinflación– trajo consigo el saqueo de los activos del Estado por parte de oligarcas corruptos. Todo eso alimentó un profundo resentimiento hacia Occidente, al que se culpó de todos los males del nuevo sistema.

«Mas allá de una reducida intelectualidad que se circunscribe a Moscú y San Petersburgo, la mayoría de los rusos de provincias no compartían los valores liberales de la democracia (libertad de expresión, tolerancia religiosa, igualdad de las mujeres, derechos de las comunidades LGTBI), todos los cuales resultaban “ajenos” a las costumbres soviéticas y de la antigua Rusia con las que se habían criado. Los rusos tenían la sensación de que aquellos valores les venían impuestos por Occidente, que había salido “victorioso” de la Guerra Fría»⁹.

Como respuesta a la situación descrita, en la Rusia de Putin se inició poco a poco una corriente de pensamiento de corte anti-occidental y exaltación de la eslavofilia a nivel interno y se inició una política exterior cada vez más marcada por el intento de retorno de Rusia a la posición de actor global, en función del tamaño del país, el potencial de sus recursos, su arsenal nuclear, su capacidad de veto en el Consejo de Seguridad de la ONU y, finalmente, por el peso de su pasado de gran potencia.

Putin considera que Rusia tiene un camino espiritual singular; rechaza el individualismo anglo-sajón, particularmente de EE. UU., y condena la decadencia moral de Occidente. Enfatiza la fuerza e importancia del Estado y hace hincapié en el aspecto social y comunitario de este, contrarrestándolo con el individualismo de Occidente. De hecho, el Concepto de Seguridad Nacional de Rusia (NSC, National Security Concept) del año 2000 llamó la atención por enfatizar de manera inusual la necesidad de renovación espiritual que tenía el país¹⁰.

De acuerdo con ese documento, Rusia afrontaba una doble amenaza: internamente, por la devaluación de los valores espirituales que produjo tensión en la relación entre el centro y la periferia y externamente por la penetración religioso-cultural de otros estados en el territorio ruso. Para eliminar esos riesgos de la seguridad nacional, la NSC llamó a la protección del legado cultural, espiritual y moral..., a la creación de una política gubernamental en

⁹ FIGES, art. cit.

¹⁰ BLITT, Robert C. «Russia's Orthodox Foreign Policy, The Growing Influence of the Russian Orthodox Church in Shaping Russia's Policies Abroad».

el campo espiritual y de educación moral de la población y a contrarrestar la influencia negativa de las organizaciones religiosas y misiones extranjeras.

El nuevo líder rescató los tres principios decimonónicos del conde Serguei Uvárov: ortodoxia, autocracia y nacionalismo, reintroduciéndolos *mutatis mutandi* en la sociedad actual, junto con algunos elementos del pasado reciente que convenían a la causa y eran por tanto susceptibles de ser rescatados, a pesar del rechazo generalizado de la población al comunismo, entre otros la idea de Estado fuerte, la industrialización y la consideración de potencia mundial de la URSS.

El resultado ha sido la creación de una nueva identidad nacional, tratando de encontrar su propio espacio y eso es lo que ha proporcionado Putin a la población, de manera que los conceptos Putin y Rusia se han vuelto indisolubles, tal como afirma el ex vicepresidente de la Administración presidencial y actual consejero –muy influyente– Vladislav Surkov: «Putin es Rusia y Rusia es Putin».

En primer lugar, Putin promovió el patrón del Estado autocrático tradicional ruso, modelo que como describe Mira Milosevich¹¹ se basa en tres pilares: incrementar el territorio y el poder militar; alcanzar un prestigioso estatus internacional, y en el poder personal del líder. El propio presidente es el motor y la clave del proceso de reimprialización de Rusia.

En segundo lugar, se alentó desde el poder un patriotismo exacerbado nacional-paneslavista, con recuperación de los símbolos patrios. Yeltsin había impuesto un himno diferente al soviético, la *Patrioticheskaya Pesnya* (Canción Patriótica), que fue oficial en Rusia entre 1991 y 2000, pero Putin lo recuperó en su primer año como presidente. De igual manera, se mantuvo la hoz y el martillo como emblema de la compañía de aviación *Aeroflot*. Por ello sorprende más, si cabe, el rechazo a celebrar los procesos revolucionarios que tuvieron lugar en 1917 y que desembocaron en el establecimiento de la Unión Soviética. Curiosamente, el concepto de revolución en la actual Federación Rusa está más asociado a las recientes revoluciones de colores que Putin entiende que están instigadas por Occidente que a los acontecimientos de comienzos del siglo pasado; de ahí que se prevenga su surgimiento y se cercene cualquier atisbo de rebelión en el interior del país.

El nacionalismo ruso comenzó a aumentar junto con la propagación de la influencia de la Iglesia ortodoxa en la sociedad y la disminución de la influencia de otros grupos religiosos. En términos de relaciones entre la Iglesia y el Estado, este privilegio del estatus de la Iglesia ortodoxa en la sociedad rusa marcó el comienzo de una alianza política entre la Iglesia ortodoxa y el

¹¹ MILOSEVICH-JUARISTI, Mira. «El putinismo, sistema político de Rusia». *ARI* 16/2018. 9/2/20, disponible en http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano_es/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_es/zonas_es/ari15-2018-putinismo-sistema-politico-de-rusia.

Estado ruso que se ha vuelto cada vez más estrecha y formalizada bajo Putin y que ha sido beneficiosa para ambas partes, un nexo de corte más nacionalista que espiritual y de mutua conveniencia para ambas partes, por el que los términos «ortodoxo» y «ruso» se volvieron de nuevo sinónimos, como en la época de la Iglesia oficial, antes de 1917¹².



Imagen 2. El presidente Vladimir Putin felicita al patriarca de Moscú y de todas las Rusias, Cirilo I por su setenta cumpleaños, en la catedral de Cristo Salvador de Moscú, el 26 de noviembre de 2016. Fuente EFE

Rusia es en principio un Estado laico y por tanto neutral ante las creencias. La Constitución de 1993 parte de un concepto de libertad de conciencia coincidente con el que se defiende en Occidente: «Se garantiza a todos el derecho a profesar individual o colectivamente cualquier religión o a no profesar ninguna, a escoger libremente o difundir convicciones religiosas u otras, y a actuar de acuerdo con ellas»¹³, pero en la práctica la neutralidad del Estado no es tal, ya que aunque este no se considera competente para declarar verdaderas unas creencias religiosas y falsas otras, sí se siente privilegiado para favorecer a unas respecto a otras.

¹² Si bien una ley de 1997 establece que la Federación Rusa es un Estado secular, se reconoce «el rol específico de la ortodoxia en la historia de Rusia y en el desarrollo de su espiritualidad y su cultura».

¹³ Texto en CASCAJO y GARCÍA ALVAREZ, G. *Constituciones extranjeras contemporáneas*. Madrid: Tecnos 1994, pp. 273 y ss, art. 28.

Desde el punto de vista de la libertad de conciencia, el modelo que se ha creado en Rusia se corresponde con el que Dionisio Llamazares¹⁴ describe como «utilitarista», patrón en el que «Iglesia y Estado, representados por círculos de Euler, no son ni círculos concéntricos coincidentes (identidad), ni círculos sin un solo punto en común. Ambos poderes se reconocen como diferentes, uno es espiritual y el otro temporal, con zonas de total autonomía el uno con respecto al otro, pero con una zona de interés común».

Fruto de esta estrecha unión, los favores cruzados entre los representantes políticos y de la Iglesia han sido múltiples en los últimos años, como se desprende de la devolución a la Iglesia Ortodoxa Rusa (IOR) de más de 6.000 propiedades que habían sido expropiadas durante la etapa comunista, a lo que se añaden las deducciones fiscales millonarias de las que se ha beneficiado la Iglesia y la apertura masiva de monasterios ortodoxos por todo el país.

En el aspecto ideológico, la educación confesional, como señala P. Bonet, vuelve a las aulas, aunque no como asignatura obligatoria sino optativa. Se recuperan ciertos valores tradicionales –principalmente relacionados con la moral religiosa oficial de la Iglesia ortodoxa–, que son reconocidos por el Estado como propios y fomentados a través de la legislación. Se pone en marcha un plan consagrado a los problemas demográficos de la nación, al fortalecimiento de la familia, a las cuestiones éticas y, dado que el aborto sigue siendo legal y a cargo del Estado, también hay un plan destinado a frenar las interrupciones del embarazo, muy numerosas en el país¹⁵.

También se va dibujando un deslizamiento desde los valores familiares tradicionales hacia la aversión hacia la homosexualidad. A este respecto son de destacar los resultados de la encuesta efectuada en abril de 2013 por el Instituto Levada sobre lo que es la homosexualidad para los encuestados¹⁶:

La homosexualidad en general es:	Abril 1998	Agosto 2005	Junio 2010	Julio 2012	Abril 2013
Una enfermedad o resultado de un trauma psicológico	33	31	36	32	35
Un extravío, una costumbre perniciosa	35	36	38	43	43
Una orientación sexual como otra	18	20	15	17	12
Un signo de un talento, ingenio	1	1	1	1	1
No sabe/ no contesta	13	12	11	9	10

¹⁴ LLAMAZARES FERNÁNDEZ, Dionisio. *Derecho de la libertad de conciencia I*. Navarra, España: Editorial Aranzadi, S.A. 2007, p. 52.

¹⁵ BONET, Pilar. «Putin y el uso estratégico de la religión». *El País*. 10 junio 2015.

¹⁶ Apud VILLEGAS CARA, Francisco Manuel, "Análisis crítico del discurso político de Vladimir Putin en el contexto del resurgimiento nacional ruso", Tesis Doctoral, Universidad de Granada, ISBN: 978-84-9163-374-72017, disponible en <http://digibug.ugr.es/bitstream/handle/10481/47703/26758131.pdf?sequence=6&isAllowed=>. Op. cit., p. 145.

Tabla 1

«Siempre en consonancia con el Kremlin, que trata de definir la identidad nacional en oposición a Occidente, la Iglesia ortodoxa tampoco deja de profesar un cierto antioccidentalismo, en contra de la noción de individualismo y liberal de los derechos humanos de la Europa occidental y advierte contra la utilización de estos con fines de injerencia por parte de Occidente. De hecho, en abril de 2006, uno de los concilios promulgó su propia Declaración de los Derechos Humanos y la Dignidad Humana, en la que se destaca que «existen valores que no son inferiores a los derechos humanos, como la fe, la moral, lo sagrado y la patria»¹⁷.

Como decía el secretario de Estado estadounidense Henry Kissinger, para entender a Putin hay que leer a Dostoievski, pero también habría que añadir al filósofo Ivan Ilyn (1883-1954), ya que es a quien el líder ruso ha convertido en uno de los pensadores de referencia y al que cita en los discursos más importantes. Ilyn se inscribe en la tradición del pensamiento religioso influido por el idealismo alemán; se opuso enérgicamente a la revolución de octubre de 1917, fue expulsado de Rusia en 1922 y terminó falleciendo en el cantón suizo de Zúrich, en 1954:

[Ilyn] exhortaba a «construir una nueva «idea rusa», que no ha de ser la idea del pueblo, la democracia... Se precisa una idea nueva, religiosa por sus fuentes y nacional por su sentido espiritual. Solo una idea semejante hará renacer y podrá refundar la Rusia del mañana». Se preguntaba, «¿por qué querría el mundo atacar a Rusia?» y respondía «¿porque los pueblos occidentales no comprenden ni soportan la singularidad rusa?»¹⁸.

La recuperación del control interno del país

Sobre la base de fondo de los tres principios mencionados, las primeras iniciativas del nuevo presidente fueron encaminadas a retomar el poder y el control del aparato del Estado. Putin «empieza por reordenar la estructura interna del país y doblegar a las regiones. Tras una década del llamado “federalismo asimétrico”, la autoridad del Estado central se encontraba en una posición de gran debilidad, a pesar del fuerte presidencialismo del sistema ruso; la razón de ello es que, en la práctica, la correlación de fuerzas superaba el margen de decisión y actuación del presidente tanto al legislativo como al poder de los principales sujetos de la Federación»¹⁹. La idea de una vertical dominante de poder, que parece una forma natural de organización política en Rusia, desembocó en la privación de derechos de las élites re-

¹⁷ Apud JEGO, Marie. «La Federación Rusa», en *Atlas de las Religiones, Le Monde Diplomatique* en español. Valencia: 2010, p. 144.

¹⁸ ELTCHANINOFF. Michel, En la cabeza de Vladimir Putin, Ed. Libbooks, Barcelona, 2016, p.58

¹⁹ *Ibíd.*

gionales. También en esta primera etapa se refuerza el grado de control a oligarcas y disidentes, se recupera la dirección de la economía y su principal sector, el energético, de manos de los oligarcas, pues se necesitaban recursos para apuntalar el poder en el país y fortalecer a las fuerzas armadas, para lo que se incrementó el presupuesto de defensa y se dio un gran impulso al complejo industrial militar.

También en la primera legislatura Putin concentra su atención en los grandes medios de comunicación privados, en particular los canales de televisión de cobertura federal. La «Doctrina de seguridad en la información» de septiembre de 2000, reconoce el derecho a la libertad de expresión y de información, pero enumera en detalle una serie de peligros para el interés nacional, en particular, la circulación de información «falsa» de acontecimientos dentro y fuera de Rusia. A partir de 2003, y aunque algún medio independiente consigue subsistir, todos los canales de televisión de audiencia federal (que representan la fuente de información de la gran mayoría de la población del país) quedan bajo el control directo o indirecto del Estado.

Putin se embarca en una lucha sin cuartel contra la tolerancia liberal. Aunque el Kremlin pueda estar a favor del liberalismo económico en lo relativo a la responsabilidad individual, se rechaza el liberalismo social que subyace en las ideas sobre el derecho del individuo a la autodeterminación y en la igualdad de género. Se aceleran las políticas antiliberales y se difunden mensajes mediante nuevas estrategias de comunicación, a través de la TV, Facebook, Twitter y la prensa, en contra de la democracia liberal.

Las ideas básicas de Putin vendrán formuladas en 2005, cuando anuncia la entronización del concepto de «democracia soberana». Aunque este término lo había acuñado Romano Prodi en 2004 y lo usó a continuación Dick Cheney, el concepto de «democracia soberana» como lo planteó el presidente ruso expresa la idea de que cada pueblo tiene el derecho a elegir la forma de gobierno que más se adecua a sus condiciones locales específicas en vez de a un estándar «democrático» universal, rechazando por tanto las críticas occidentales a la ausencia de un verdadero sistema democrático en Rusia, considerándolas como una amenaza a su soberanía. Al concepto de democracia soberana se refirió también Vladislav Surkov en un discurso titulado «La soberanía es sinónimo de competitividad política», que dio en 2006 ante una asamblea de cuadros del partido *Rusia Unida*, con el fin de instaurarlo ideológicamente en el partido, como sinónimo del Estado fuerte que busca Putin.

La Iglesia ortodoxa rusa pasa de un papel relegado a casi la nada en la etapa soviética, con un impacto social mínimo, a recuperarse de manera espectacular. Si en 1991, apenas un 20% de la población rusa se declaraba ortodoxo, en 2000 esa cifra ya era del 45% y en 2013, del 75%, lo que se explica, como indica Villegas²⁰, por la identificación de ortodoxia con aquello que es ruso,

²⁰ VILLEGAS. *Op. cit.*, p. 244.

propio de Rusia. La Iglesia de Moscú juega un papel fundamental en el espacio post-soviético, entre otras cuestiones porque aporta identidad y magnificencia, y favorece la unión de los pueblos ortodoxos eslavos.

Por todos estos factores es por lo que el líder ruso ha aprovechado el arraigo de la religión para fomentar los valores conservadores en Rusia; para hacerlo más evidente, en el último tiempo Putin siempre aparece acompañado del patriarca de Moscú y de todas las Rusias, Kirill I (Cirilo I) en sus actos oficiales, al tiempo que las citas espirituales ganan espacio en sus discursos. Putin quiere unificar a la sociedad en torno a un compendio de valores compartidos y reforzar así su autoridad y legitimidad. El mandatario ruso estima que la Iglesia ortodoxa desempeña un enorme papel formativo en la preservación del patrimonio histórico y cultural y en la recuperación de los valores morales eternos.

El cambio en la política exterior

En política exterior, si bien Rusia había considerado una «ofensa» la intervención de la Alianza Atlántica en Kosovo en 1999, en contra de la expresa voluntad de Moscú, a raíz de los atentados del 11 de septiembre de 2001 contra el World Trade Center de Nueva York, Putin intentó crear una estrecha alianza con Occidente, con la cual combatir el radicalismo islámico, un problema que entendía era común a los intereses de ambos. En adelante, sin embargo, otros sucesos fueron mal vistos por Rusia, tales como la prolongación de la estancia de las tropas estadounidenses en zonas estratégicas de Asia Central, región que Rusia considera que está dentro de su área de influencia, o la invasión de Irak sin apoyo internacional. Todos estos acontecimientos fueron creando un escenario en el cual Rusia sintió que se la estaba marginando y reclamaba un lugar influyente en el escenario global. En una entrevista a la cadena francesa TFI, realizada el 11 de febrero de 2003, «Putin mostró un cierto rencor con respecto al avance de Europa hacia el Este y se quejó de que a veces se echa a Rusia a la cuneta de la política europea»²¹.

El deterioro definitivo de la alianza con Occidente vino, sin embargo, a raíz de la poco meditada expansión de la Alianza Atlántica hacia Europa del Este y las Repúblicas Bálticas, que fue tomada por el Kremlin como una traición a las promesas de no inmiscuirse en la antigua esfera soviética realizadas por la OTAN con motivo de la disolución del Pacto de Varsovia, y sobre todo de la revolución naranja de Ucrania de 2004, que fue considerada por Moscú como una ofensiva occidental liderada por EE.UU para contrarrestar la influencia de Rusia en la Comunidad de Estados Independientes (CEI), acontecimientos que marcaron el surgimiento de una política exterior de afianzamiento regional.

²¹ VILLEGAS, op.cit, p.39

La percepción alarmista de Rusia se deriva de su falta de fronteras naturales, lo que le mueve a asegurarse un anillo de seguridad en su periferia, pero puede que en el fondo también estén actuando las necesidades subjetivas que, como explica J. Morales²², tiene el país eslavo, de «reafirmación de su propia identidad, de reconocimiento de la misma por parte de la sociedad internacional y de superación de un pasado traumático». En ese sentido, Rusia no estaría intentando proteger la supervivencia material del Estado, ni su territorio, población, recursos o instituciones, sino la identidad o autoconcepción ideacional que mantiene el Estado de sí mismo –a través de sus gobernantes– en tanto que miembro de la sociedad internacional. Es lo que se denomina, según señala J. Morales, como una cuestión de «seguridad ontológica» y no de seguridad militar. «Rusia, más que reaccionar ante un peligro para su propia existencia física, estaría defendiendo en el fondo su propia identidad o concepción de sí misma, tan importante para ella como su propia supervivencia»²³.

Por otra parte y a raíz de la tragedia de Beslán, en Osetia del Norte, de 1 de septiembre de 2004, con el asalto de rebeldes separatistas musulmanes y chechenos a una escuela, tomando como rehenes a sus ocupantes, Putin desató una operación que concluyó con el triste saldo de 348 muertos, 186 de ellos niños. En adelante, su discurso se volvió más conservador y a partir de entonces, el mandatario realizó un llamamiento a las religiones para que alejaran a los fieles de los extremismos. Es sobre todo a partir de estos sucesos cuando Putin decide hacer de la Iglesia ortodoxa nacional su aliada para «moralizar» al pueblo. Nada más terminar la masacre, Putin además de reconocer la debilidad del Estado ruso, dejó claro que solo a través de la fuerza y de la unidad nacional se podría hacer frente a estos retos:

«No pudimos reaccionar de manera adecuada. Mostramos debilidad: y a los débiles los golpean»²⁴, declaró el mandatario.

Al año siguiente, Putin va a escenificar el cambio que había comenzado tras el atentado de Beslán, el cual llegó a todo el mundo ya que el momento escogido fue su participación en la Conferencia Internacional de Seguridad de Munich, en febrero de 2007. En la misma, culpó a Occidente de la inestabilidad internacional y advirtió de los riesgos de seguir por el camino del mundo unipolar, en detrimento de un mundo con varios centros de decisión e influencia y expresó que el nuevo orden mundial debería ser aquel en el

²² MORALES HERNÁNDEZ, Javier. «Seguridad ontológica y percepciones de amenaza: Rusia ante la ampliación de la OTAN». *Revista de Seguridad Internacional, RESI*, Vol. 4, N.º 2. Universidad de Granada, 2018, pp. 1-15, disponible en <http://www.seguridadinternacional.es/?q=es/content/seguridad-ontol%C3%B3gica-y-percepciones-de-amenaza-rusia-ante-la-ampliaci%C3%B3n-de-la-ota>.

²³ *Ibíd.*

²⁴ ELTCHANINOFF. *Op. cit.*, p. 307.

que cada Estado nacional tiene la libertad de escoger los principios por los cuales se rige, pero no tiene el derecho de imponer esos principios a nadie: «EE. UU. quiere imponerle a los demás Estados su pensamiento en todas las esferas, la económica, política y en el ámbito humanitario, preguntándose a sí mismo «¿a alguien le puede gustar esto?»²⁵.

Putin estaba decidido a restablecer el estatus de gran potencia de Rusia y a reafirmar la hegemonía de Moscú sobre el espacio post-soviético. En 2008 y tras el avance de las tropas de Georgia sobre Osetia del Sur, Rusia reaccionó e invadió Georgia, también como castigo por la orientación pro-occidental de sus dirigentes y para impedir su entrada en la OTAN, maniobra que posteriormente repetiría en Ucrania en 2014. El ejército ruso se acabó imponiendo sobre Georgia, pero se observaron debilidades, por lo que el Kremlin anunció en 2010 un programa de 10 años de duración y 650.000 millones de dólares para modernizar el ejército y el presupuesto militar ruso se duplicó casi, pasando de 58.000 millones en 2010 a 84.500 millones de dólares en 2014, para convertirse en el cuarto del mundo después de los de EE. UU., China y Arabia Saudita²⁶.

A partir de ese momento, Putin no dejará escapar la oportunidad para construir una narrativa según la cual «Occidente quiere imponer sus valores ante la tradición genuina rusa. Occidente es en realidad “el otro”, la comparación que el “ego” de Rusia necesita para reafirmar su propia identidad. Putin se centra en la defensa de la “inmunidad cultural rusa” contra las invasiones extranjeras. La cultura, al igual que en la etapa soviética, se convierte en brazo ejecutor de la política nacional²⁷. Putin personifica a Occidente en todos los males que le ocurren a Rusia y la sociedad rusa lo ha interiorizado perfectamente gracias a la difusión de estas ideas a través de los principales medios de comunicación del país»²⁸.

En 2007 comienza su actividad «Russkiy Mir» (mundo ruso), una fundación apoyada desde el Kremlin para la difusión de la cultura y las lenguas rusas en el extranjero. Es uno de los primeros ejemplos del hasta entonces poco desarrollado *soft power* que en los años siguientes lograría una extraordinaria difusión, gracias sobre todo a la implantación por todo el mundo del canal ruso de noticias *Russia Today*. Para muchos analistas el término Russkiy Mir, ejemplifica una política exterior rusa expansionista y mesiánica, la intersección de los intereses del Estado ruso y la Iglesia ortodoxa. El proyecto se centró inicialmente en promover los lazos políticos y económicos con los

²⁵ VILLEGAS. *Op. cit.*, p. 310.

²⁶ STOREY, Ian. «Asia y el nuevo (des)orden mundial», en *La era de la perplejidad. Repensar el mundo que conocíamos*. BBVA OpenMind 2018, disponible en <https://www.bbvaopenmind.com/libros/la-era-de-la-perplejidad/>.

²⁷ ELTCHANINOFF. *Op. cit.*, p. 68.

²⁸ *Ibíd.*, p. 312.

rusoparlantes en las antiguas repúblicas soviéticas, pero pronto llegó a incorporar una cosmovisión construida en oposición a Occidente²⁹.

El afianzamiento de Rusia como actor global

Tras el paréntesis del mandato de Medvednev (2008-2012), quien sucedió a Putin en la presidencia y este último se convertía en el primer ministro para esquivar la prohibición de un tercer mandato seguido como presidente, en 2012 se inicia la tercera presidencia de Vladimir Putin, que dura hasta las elecciones de marzo de 2018, las cuales vuelve a ganar. En esta nueva etapa, «todos los temas que desde 2000 había abordado el mandatario de forma separada quedan ahora aglutinados en torno a la defensa de la identidad nacional, que se compone de patriotismo, valores cristianos y defensa de la influencia extranjera»³⁰, es decir, muy en línea con la tradición decimonónica.

Con este regreso de Putin, ya sí hay una política más clara hacia el restablecimiento de la hegemonía del país y de limitar la presencia geopolítica de cualquier otra fuerza externa, sobre todo occidental, en el espacio post-soviético. La forma de Putin de referirse a Europa cambia radicalmente, «ya no se habla de una unión jurídica con Europa y de ampliar la cooperación en todas las direcciones, sino de “posibles” acercamientos»³¹. «Su tercer mandato arranca claramente con el símbolo de la revancha, tanto contra los manifestantes que con motivo de las elecciones legislativas de 2011 se oponían a su retorno al poder como contra Occidente»³².

En adelante, prima una concepción de Rusia como eje central de Eurasia, concebida como un ente geopolítico único y una civilización común a toda la ex Unión Soviética, no como la promoción de un Estado en sentido geopolítico, sino un espacio de civilización en el que los elementos asiáticos turcos, musulmanes y las etnias de Siberia se amalgaman con la Rusia eslava, cristiana ortodoxa y los pueblos del Cáucaso, un espacio en el que Rusia debe ejercer un rol predominante. Putin comparte, «al igual que el zar Nicolás I, una concepción mística de Rusia como un imperio que no se define por fronteras territoriales»³³.

En el diseño de la nueva identidad rusa, Putin se ha basado en el pensamiento de destacados eslavófilos del siglo XIX, entre otros el decimonónico Konstantin Leontiev, el Nietzsche ruso, quien en su época lamentaba que

²⁹ LÓPEZ JIMÉNEZ, Jose Ángel. «El vecindario oriental de la Unión Europea y los conflictos postsoviéticos». *Revista de Estudios de Seguridad Internacional, RESI*, vol. 4, n.º 2. 2018.

³⁰ ELTCHANINOFF. *Op. cit.*, p. 72.

³¹ *Ibid.*, p. 39.

³² *Ibid.*, p. 12.

³³ FIGES. *Art. cit.*

Europa hubiera emprendido la vía de la secularización y le diera la espalda a sus raíces cristianas.

«Europa, decía Leontiev, se halla en decadencia desde el Renacimiento, ya no produce ni santos ni genios, sino ingenieros, diputados y profesores de moral. En cambio, Rusia se halla en la fase ascendente de las civilizaciones; Rusia siempre se desarrolló como una “complejidad floreciente”, como un Estado-civilización cimentado en el pueblo ruso, la lengua rusa, la cultura rusa y otras tradiciones y religiones de Rusia»³⁴.

En este tercer mandato se produce la anexión de Crimea –reunificación, en palabras de Putin–. La toma de Crimea y su apoyo a los separatistas de la región de Ucrania oriental (lo que dio lugar al derribo de un avión de pasajeros malasio en julio de 2014) desencadenaron una crisis de relaciones entre Moscú y Occidente. Este último respondió a la agresión rusa contra Ucrania imponiendo, por una parte, sanciones económicas –lo que unido a la caída del precio del petróleo supuso un duro golpe para las arcas rusas– y robusteciendo, por otra, las fuerzas de la OTAN en Europa.



Imagen 3. Fuente: Agencia EFE.

El cisma de la Iglesia ortodoxa de Ucrania

Otra de las consecuencias de la anexión unilateral de Crimea por parte de Rusia fue la respuesta del entonces presidente de Ucrania, Pétro Poroshenko, quien con una convocatoria electoral en el horizonte, instó a la Iglesia ortodoxa ucraniana a solicitarle al patriarca de Constantinopla, Bartolomé I, la independencia de la Iglesia de Moscú.

³⁴ Palabras de Putin en el Club Valdai, 2013. Apud, VILLEGAS. *Op. cit.*, p. 254.

Hasta ahora, en Ucrania había tres iglesias ortodoxas principales, por orden de importancia según datos del Servicio Religioso de Ucrania (RISU), la Iglesia Ortodoxa Ucraniana-Patriarcado de Moscú (IOU-PM), tradicionalmente la más fuerte en el este y sur de Ucrania, que encabezada por Onufri, cuenta con 12.251 parroquias; le sigue la Iglesia Ortodoxa Ucraniana-Patriarcado de Kiev (IOU-PK), la cual fue creada en 1991 a raíz de la independencia de Ucrania; regida por el anciano patriarca Filaret, cuenta con 4.508 parroquias y, en tercer lugar está la Iglesia Ortodoxa Autocéfala Ucraniana (IOAU), con 1.227 parroquias; esta última se había fundado en 1921, pero fue prohibida por Stalin en 1930; sobrevivió en la diáspora y regresó a Ucrania en 1990.

Desde 1686, la mayor parte de los creyentes ortodoxos ucranianos habían obedecido al patriarcado de Moscú, pero desde los años 90, con el colapso de la URSS, el patriarca Filaret, apoyado por sectores nacionalistas ucranios, se enfrentó a la Iglesia ortodoxa rusa a la que pertenecía y fue elegido patriarca de Kiev; pero sus deseos de independencia le costaron un anatema o excomunión y la acusación de querer crear un cisma dentro de la segunda iglesia cristiana con más adeptos, 300 millones, por detrás del catolicismo, que cuenta con 1.200 millones.

En respuesta a la petición de independencia formulada por la ortodoxia ucraniana al patriarca Bartolomé I, en su calidad de *primus inter pares* de los patriarcas ortodoxos, el sínodo de Constantinopla anunció, el 15 de octubre de 2018, que revocaba la excomunión del patriarca Filaret y que procedía a concederle la autocefalía a la Iglesia ucraniana, cuestionando las razones de esa tradicional dependencia de Moscú. También se anunció la rehabilitación a Makarly, el patriarca de la Iglesia Autocéfala Ucraniana no reconocida por el mundo ortodoxo.



Imagen 4. El patriarca de Constantinopla Bartolomé I firma en Estambul el «tomo» para la Iglesia ortodoxa de Ucrania, el 5 de enero de 2019. Fuente: Murad Sezer / Reuters

El patriarca Bartolomé I entregó el decreto oficial de autocefalía o *tomos* en terminología ortodoxa, en Constantinopla, el pasado 5 de enero, a la ahora denominada Iglesia Ortodoxa de Ucrania, regida por el metropolitano Epifanio y con sede en Kiev, lo que le otorga un importante valor simbólico, ya que la Rus de Kiev fue el punto de partida y origen de la Iglesia ortodoxa rusa, algo que acostumbra a recordar el propio Putin.

Fue allí donde el príncipe Vladímir, figura eslava medieval reverenciada tanto por Rusia como por Ucrania, se convirtió al cristianismo en el año 988. Por ello, la independencia de la Iglesia ucraniana no es una cuestión baladí. Rusia pierde el control de esa parte de la historia que reclama como el origen de la suya propia, así como parte de los símbolos históricos que forman parte del nacionalismo ruso que defiende Putin, entre otros la catedral de Santa Sofía, símbolo para la religión ortodoxa de todo el este de Europa, y el monasterio de las Cuevas de Kiev, que pasan a ser enteramente ucranianos.



Imagen 5. El presidente Putin, en el centro de la imagen, durante el discurso de inauguración de la mega estatua de Vladímir el Grande, en el centro de Moscú, el 4 de noviembre 2016. Fuente: Agencia EFE

La respuesta de Moscú no se hizo esperar. Rusia esgrimió que la primacía de Constantinopla es solo una formalidad y que las decisiones referentes a las autocefalías deben ser tomadas en conjunto por todas las iglesias ortodoxas, añadiendo que Estambul había cruzado una línea roja. El Santo Sínodo de la Iglesia ortodoxa rusa resolvió que las relaciones clericales con Constantinopla son imposibles y se anunció la ruptura de relaciones entre las dos iglesias³⁵,

³⁵ «La Iglesia ortodoxa rusa rompe todas las relaciones con el patriarcado de Constantinopla». Ag. *Sputnik*. 15/10/2018, disponible en <https://mundo.sputniknews.com/religion/201810151082734101-relaciones-entre-iglesia-ortodoxa-rusa-y-patriarcado-de-constantinopla/>.

lo que supone la escisión más grande que se ha producido en el seno de la Iglesia ortodoxa desde el Gran Cisma de 1054.

Además de la cuestión simbólica, la autocefalía de la Iglesia de Ucrania es una cuestión geopolítica para Putin. «Los rusos perciben a Ucrania y a Bielorrusia como naciones hermanas, sin que exista dentro del imaginario ruso una clara línea de demarcación emocional»³⁶. Putin ha dedicado un enorme esfuerzo a restablecer la influencia de Rusia, ya sea política, comercial o espiritual, sobre las tierras que solían ser parte de la Unión Soviética y este cisma es un movimiento en la dirección opuesta y supone el fin de su proyecto de unión del «mundo ruso» –Rusia, Ucrania y Bielorrusia– como un solo y mismo pueblo, con una única iglesia y cultura.

Desde el punto de vista pastoral, la escisión supone para Rusia una disminución importante de fieles, ya que más de 1/3 de los ortodoxos de la Iglesia de Moscú son ucranianos. Esa reducción de adeptos de la Iglesia ortodoxa rusa hace menos sostenible la afirmación de que Moscú es el protector de todos los ortodoxos cristianos y una «Tercera Roma», como lo denomina el patriarcado moscovita Kirill I. En definitiva, la independencia eclesiástica de Kiev supone para Rusia la pérdida de raíces simbólicas importantes para los rusos, y la ruptura con el último vínculo relevante que tiene con su antiguo imperio.

La nueva identidad nacional rusa

La nueva identidad nacional, retransmitida constantemente a través de los medios de comunicación, es evidente que ha permeado en la población como se desprende del resultado de una encuesta sobre «orgullo e identidad nacional» que realizó el *Instituto Levada*³⁷ en noviembre de 2018 y que ha sido publicada el pasado mes de enero.

El 53% de los encuestados afirmaba que lo primero que le venía a la mente cuando pensaba en sus compatriotas era su pasado y su historia; un 80% de los encuestados afirmó que Rusia debía mantener el rol de superpotencia; el 62% estimó que Rusia es grande y debe tener un lugar como tal en la historia del mundo, aunque hoy en día solo un 35% piensa que definitivamente lo es.

Respecto a la consulta sobre el capítulo o capítulos de la historia de Rusia de los que los encuestados afirmaron sentirse más orgullosos, la respuesta es claramente la II Guerra Mundial, la denominada Gran Guerra Patria por los rusos, en un 87% de la opinión, cifra seguida del 50% que destacaba el lide-

³⁶ PARDO DE SANTAYANA y GÓMEZ DE OLEA, José M^a. «Historia, identidad y estrategia en la Federación Rusa». *Documento de Análisis IEEE*, 16/2017. Disponible en http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_analisis/2017/DIEEEA16-.

³⁷ «National Identity and Pride». YURI LEVADA ANALITICAL CENTER, enero 2019, disponible en <https://www.levada.ru/en/2019/01/25/national-identity-and-pride/>.

razgo en la exploración espacial y del 45% que destaca el retorno de Crimea a la Federación Rusa.

Finalmente, entre las cuestiones ocurridas en el siglo xx que más desagradan a la población, el 61% de los encuestados destacó la pobreza, en un país naturalmente rico, seguido del 45% que respondía que el colapso de la URSS, una cuestión sobre la que hay sentimientos encontrados. Como afirmó el propio Putin en una ocasión:

«Quien no lamente la desintegración de la URSS no tiene corazón, y quien quiera su reinstauración en su antiguo formato, no tiene cabeza».

Consideraciones finales

A lo largo de este capítulo hemos visto cómo Putin ha ido construyendo una nueva identidad para la población rusa que llenara el vacío creado por la caída de la ideología soviética y lo ha ido haciendo a medida que él mismo se ha ido afianzando en el poder y ha sentido un creciente interés en preservarlo. Para ello, Putin se ha asegurado un férreo control de la situación interna del país, en todos los órdenes, parlamentario, económico, social y axiológico, así como el de los medios de comunicación e incluso el de internet, medio a través del cual llega a Rusia la ideología occidental.

Los expertos en política rusa³⁸ sostienen que la autocracia de Putin disfrazada de pluralismo democrático tiene unos elementos clave, que han sido diseñados por su lugarteniente Vladislav Surkov. El primero sería el control efectivo de la información y de los medios, difuminando deliberadamente la línea entre lo privado, público y gubernamental en las empresas de comunicación.

Otro componente de la «democracia controlada» es la creación de un sustituto de la sociedad civil, estableciendo y financiando «grupos que ocupen el espacio público y político para prevenir el surgimiento de organizaciones de oposición. Al ver que la revolución naranja había sido protagonizada por jóvenes, el Kremlin tomó la decisión de fundar el grupo juvenil *Nashi* y otros, de manera que el Kremlin se aseguraba de que si surgía algo en Moscú, estos serían capaces de movilizar a sus simpatizantes y cercenar cualquier intento de sublevación»³⁹.

El tercer pilar de la democracia controlada diseñada por Surkov para fortalecer políticamente a Putin es asegurarse de que los rusos tengan la sensación de que viven en un país democrático, de que pueden participar y tienen opciones como en otros procesos políticos «normales» del mundo. Para

³⁸ POMERANTSEV, Peter. «100 años de propaganda rusa». *Esglobal*. 16 octubre 2017, disponible en <https://www.esglobal.org/100-anos-propaganda-rusa/>.

³⁹ *Ibíd.*



Imagen 6. Vladimir Putin junto a Vladislav Surkov. (Alexei Nikolsky/AFP/Getty Images)

conseguirlo, Surkov trabajó mucho en el manejo de las relaciones con los principales partidos en el Parlamento.

En el campo económico, las principales compañías, sobre todo energéticas, están dirigidas por personas muy afines al Kremlin, «entre las que destaca el CEO de la energética *Rosneft*, Igor Sechin, quien ejerce tanto o más poder e influencia en Rusia que muchos ministros del gabinete»⁴⁰. Incluso se afirma que este podría ser el sucesor de Putin al frente de la presidencia, cuando acabe su legislatura en 2024.

Finalmente, Putin, dados sus conocidos recelos hacia Occidente, ha diseñado una identidad *rusa*, que se contrapone a la cultura de la globalización que encarna en la *alteridad* de Occidente, potenciando las definiciones etnocéntricas de «nosotros» frente a «ellos», es decir, Occidente. Este diseño se ha inspirado en principios nacionalistas decimonónicos y en la filosofía de eslavófilos del siglo XIX como Konstantin Leontiev, o del XX, como Ivan Ilyn, y en la del contemporáneo Alexander Dugin y otros pensadores, filosofía que ha potenciado con la exaltación de los valores patrios de tradición imperial, pero también soviética. Putin ha restablecido asimismo el orgullo nacional y ha reclamado para Rusia la consideración de actor global. Esta posición ha incrementado su visibilidad en el mundo a través de la emisora de TV *Russia Today* (RT) y la agencia de noticias *Sputnik*, que han servido de altavoces a nivel mundial.

⁴⁰ MILES, Richard. «Virtual Russian Influence in Latin America». *Center for Strategic and International Studies* (CSIS). Washington D.C, EE. UU.: May 9th, 2018.

Los esfuerzos del Estado para inspirar el sentimiento nacional coinciden con una política cada vez más agresiva de Rusia en el extranjero, con intervenciones militares en escenarios próximos –Ucrania– y lejanos –Siria–, lo que contribuye a que esas intervenciones militares tengan un coste menor para el Kremlin en casa⁴¹. Es posible que el creciente sentimiento patriótico ayudara también a neutralizar o compensar –al menos provisionalmente– el impacto político de las medidas internacionales de castigo, como las sanciones. Lo que estaría por determinar es si Putin podrá mantener su política exterior de *hard power* para preservar sus altos índices de popularidad hasta el final de su mandato.

En cualquier caso, lo que sí es indudable es que el presidente Putin ha conseguido generar una «nueva identidad rusa» y que esta ha sido bien acogida en el interior del país y ha calado en la población, que le sigue en el deseo de mantener la condición de Rusia como actor global, tal como indica la ya comentada encuesta de opinión del reputado e independiente Instituto Levada.

⁴¹ MILOSEVICH-JUARISTI, M. Art. cit.